

El poeta-teólogo dice que el aislamiento puede traer ganancias y pérdidas

John L. Allen Jr. 3 de abril de 2020 EDITOR

El poeta-teólogo dice que el aislamiento puede traer ganancias y pérdidas

El padre dominico Paul Murray. (Crédito: Laici Domenicani della Provincia Romana.)

Nota del editor: Esta es la primera parte de una entrevista de dos partes con el padre dominicano Paul Murray. La segunda parte se publicará en breve.

ROMA - El padre dominicano Paul Murray es uno de los más destacados teólogos y poetas contemporáneos del catolicismo en lengua inglesa. Nacido en Irlanda del Norte en 1947, se unió a la Provincia Dominicana de Irlanda en 1966 y fue ordenado en 1973.

Murray ha publicado cinco colecciones de poesía, incluyendo Cicatrices: Ensayos, Poemas y Meditaciones sobre la aflicción, y más recientemente, Piedras y estrellas en 2013, además de numerosos libros y ensayos sobre teología. Enseña la literatura de la tradición mística en la Universidad de Santo Tomás de Aquino, administrada por los dominicos de Roma, conocida universalmente como el "Angelicum".

Crux recientemente contactó a Murray por correo electrónico para hablar sobre el significado espiritual y las consecuencias de la pandemia de coronavirus. Las siguientes son las respuestas de Murray.

Crux: ¿Es el obvio paralelo histórico con lo que estamos experimentando la plaga, o es demasiado fácil? ¿Qué te recuerda la situación?

Murray: Diría que hay paralelos reales entre lo que está sucediendo hoy con la pandemia actual y las plagas y pandemias del pasado. Además, hay cosas que podemos aprender de la sabiduría de la respuesta cristiana en esos primeros siglos.

Me refiero especialmente a la respuesta de San Cipriano, obispo de Cartago, a la pandemia que afligió al Imperio Romano en el siglo III. Se dice que en Roma, en el apogeo del brote, aproximadamente 5.000 personas morían cada día. Esta pestilencia fue la segunda de dos pandemias que marcaron las primeras transferencias de huéspedes animales a la humanidad, algo característico, por supuesto, del presente virus corona.

San Cipriano, aunque reconoció la naturaleza terrible de la pandemia, la vio en primer lugar como una oportunidad para fortalecer la fe y la esperanza. En su opinión, la situación requería un gran coraje y una enorme confianza.

"Qué grandeza de espíritu es", declaró, "ponerse de pie con fe viva antes de" la aparición de la devastación y la muerte "y, en lugar de paralizarse por el miedo," abrazar el beneficio de la ocasión ". Con esto, Cipriano significó la oportunidad para los creyentes cristianos de manifestar a los que les rodean la voluntad de llevar la cruz del momento y, a cualquier costo, hacer todo lo posible para ayudar a los más necesitados.

Pero, ¿por qué esta peste había venido al mundo? Si Dios realmente se preocupa por nosotros, ¿dónde se puede encontrar a Dios en todas estas catástrofes? La respuesta que la espiritualidad cristiana da a

esta pregunta, y es la pregunta de todas las preguntas, posee poca o nada de la brillante inteligencia de una respuesta académica bien argumentada.

En cambio, con humildad y reverencia, los cuatro Evangelios juntos, y con ellos la gran tradición espiritual, dirigen nuestra atención primero y último a la figura de Cristo Jesús en la cruz. Es a esa presencia, y no a algún tipo de deidad abstracta e indiferente, que nos alienta a plantear todas nuestras dudas y todas nuestras preguntas angustiadas.

Y mientras nosotros mismos estamos buscando respuestas, mientras estamos presumiendo de hacerle nuestras preguntas a Dios, hay un sentido en el cual, Santo Cyprian nos recuerda, Dios nos está cuestionando, Dios está involucrado en sondear y buscar nuestros corazones.

Cipriano escribe: "Cuán apropiado, cuán necesario es que esta plaga y peste que parece horrible y mortal busque la justicia de todos y cada uno, y examine la mente de la raza humana, preguntando si aquellos que son saludables o no cuidar a los enfermos, si los parientes aman a sus parientes como deberían, y si los médicos se niegan a abandonar a los afectados a su cargo".

Muchos obispos, ante la suspensión de la misa pública, han estado haciendo hincapié en la "comunidad espiritual". A la luz de la tradición espiritual católica, ¿hay alguna reflexión que le gustaría compartir?

En primer lugar, permítanme decir lo obvio: para innumerables miles de católicos hoy en día es nada menos que una tragedia encontrarse incapaces de asistir a misa y, por lo tanto, incapaces de recibir a Cristo en la Sagrada Comunión. A la luz de esta situación infeliz, el consejo que ahora ofrecen los obispos a todos los que están actualmente aislados para comenzar a practicar lo que tradicionalmente se ha llamado "comunidad espiritual" es indudablemente sabio.

Por supuesto, como práctica espiritual, no es nada tan bueno como la asistencia real a la misa. Y puede parecer, al principio, como un sustituto muy pobre. Pero la "comunidad espiritual" es en sí misma una gracia tremenda, como lo han atestiguado los santos y los teólogos a lo largo de los siglos. Santa Teresa de Ávila, por ejemplo, tiene esto que decir: "Cuando no recibes la comunión y no asistes a misa, puedes hacer una comunión espiritual que es una práctica muy beneficiosa; por eso el amor de Cristo quedará muy impresionado en ti".

La comunión espiritual, cuando es auténtica, siempre tiene en su núcleo el deseo de ser uno con Cristo en la Eucaristía. Deseo de este tipo tuve el privilegio de presenciar una vez en la vida de un prisionero en el corredor de la muerte.

La misa católica no se había celebrado en esa parte particular de la prisión durante varios años. El prisionero en cuestión, un católico, me pareció un tipo muy corriente. Por lo tanto, lo más sorprendente fue la fuerza, la fuerza, de su deseo de asistir a misa y recibir la Eucaristía. Pidió a las autoridades de la prisión que se celebrara misa al menos los domingos, y siguió preguntando, aunque se le ordenó que se detuviera. Después de un tiempo considerable, se le otorgó el permiso, pero solo después de haber sufrido mucho.

Cuando, unos meses después, celebré misa por él y por un pequeño número de otros prisioneros en el corredor de la muerte, noté que lloró en el momento en que recibió al anfitrión. Y, justo después de la misa, cuando le hablé a través de los barrotes, noté que una vez más las lágrimas corrían por sus mejillas. Me dijo: "¡Solo cuando te privas de algo te das cuenta de lo precioso que es!"

¿Hay alguna historia particular del pasado cristiano, historias de la vida de los santos, por ejemplo, que se destaquen como ejemplos de "comunidad espiritual"?

Hay, por supuesto, una gran cantidad de historias que podrían recordarse en este contexto. Pero la historia que, para mí, más destaca es la historia del encarcelamiento del poeta carmelita y el místico San Juan de la Cruz. Capturado y tomado de su priorato, John se vio obligado a vivir en condiciones espantosas, golpeado regularmente y casi muerto de hambre. Apeló a las autoridades para que les dieran permiso para asistir a misa, pero esta solicitud fue rechazada.

Sorprendentemente, fue en estas terribles condiciones que John comenzó a escribir lo que podría decirse que es la mayor poesía mística de la tradición católica. Uno de los poemas habla de la fuente de agua viva que brota en el corazón del creyente, pero siempre en la oscuridad de la fe:

"¡Qué bien conozco la primavera que rebosa y fluye, aunque de noche!" Las breves estrofas finales del poema constituyen una meditación sobre la Eucaristía. La primera comienza: "Esta fuente eterna está oculta a la vista / Dentro de este pan vivo para darnos vida". Aquí, aunque John está separado de la misa, descubre que de una manera real está presente en el misterio, toda su atención se centró en la Eucaristía. La estrofa final dice: "Añoro esto, la cabeza viva de la fuente, / lo veo aquí dentro del pan vivo, / aunque de noche".

A lo largo de los siglos, los hombres y mujeres cristianos, cuando fueron privados de los sacramentos, descubrieron en su necesidad algunas formas bastante sorprendentes de practicar la comunión espiritual. Un obispo de Bulgaria me dijo hace muchos años que, durante un cierto período de persecución comunista en su país, casi todos los sacerdotes de su diócesis estaban muertos o en prisión. Como resultado, el pueblo de Dios, cuando querían ir a la Confesión, iba a las tumbas de los sacerdotes, y es allí donde confesarían sus pecados a Dios.